

# EVOLUCIÓN Y PERVIVENCIA DE LAS ESTRUCTURAS AGRARIAS PITIUSAS

BELÉN GARIJO FALCÓ



Foto Puget. Principios de siglo XX. Archivo de Imagen y sonido. Las feixas, sistema de riego anterior a la conquista catalana.

La Conquista catalana de Ibiza y Formentera supuso para las islas el inicio de un nuevo proceso de transformación sociocultural que dará lugar al conjunto de valores, normas de comportamiento, instituciones sociopolíticas y recursos tecnoeconómicos que permitieron conformar la vida cotidiana de sus habitantes en todos sus aspectos y que cimentaron la cultura popular pitiusa.

Desde la baja edad media y durante la época moderna, se irá configurando y consolidando el modelo de vida, rural y agrario, de los habitan-

tes de Ibiza y Formentera, sobre el que se sustentará, hasta bien avanzado el s. XX, la sociedad tradicional de las islas.

Definido por la dispersión de la población, el trabajo directo de la tierra como actividad principal de la mayoría de los habitantes de las islas, la familia como base de la explotación y la tendencia a la autosuficiencia, y condicionado por la inseguridad y el aislamiento, el mundo rural pitiuso y su modelo de vida se mantendrán prácticamente inalterados hasta las profundas trans-

formaciones socioeconómicas derivadas de la irrupción en el archipiélago del turismo de masas a mediados del s. XX.

Anexionadas al cristianismo el 8 de agosto de 1235, el dominio efectivo de las islas se ejerció a través de la colonización del territorio insular, proceso que implicó la llegada al archipiélago pitiuso de nuevos pobladores procedentes de Cataluña que trajeron consigo una manera de vivir expresada a través de las múltiples manifestaciones que constituían una cultura propia.

La supervivencia de los nuevos pobladores, en un territorio por otra parte fronterizo en época de conflicto, implicó su necesaria adaptación al medio insular, adaptación que supondrá, por un lado, la implantación de un nuevo modelo de explotación agraria que encontrara sus particularidades en los recursos y límites que determine el entorno y que se proyectará en el diseño de un paisaje agrario propio. Por otro lado, se inicia un proceso de formación histórico-social claro que matizará y reinterpretará las pautas culturales importadas por los colonos catalanes, creando una personalidad tan idiosincrática que la hará diferente.

La cultura popular pitiusa, entendida como la identificación de una cul-



Foto Puget. Principios siglo XX. Archivo de Imagen y sonido. Tiempo de siega.

tura local y como cultura tradicional en el sentido de englobar las diversas manifestaciones de vida preindustrial, proyecta la manera de vivir de la población insular, mayoritariamente rural, para la cual la supervivencia del núcleo familiar constituyó, durante siglos, el eje de la vida cotidiana.

La adaptación de los nuevos pobladores partió, obviamente, de su llegada y ocupación del territorio. Inmediatamente después de la conquista, los nuevos señores, en cumplimiento de las cláusulas del contrato de conquista, dividieron el castillo y la villa de Ibiza en partes iguales, y el territorio insular proporcionalmente al número de hombres aportado por cada uno de ellos a la empresa.

En la isla de Ibiza, los cinco distritos árabes (*al-Garb, al-Ahwaz, Bûrtuman, Banûza-mid y Sharq*) quedaron reorganizados en cuatro partes que, con el tiempo, darán lugar a los cuarterones de *Portmany, Santa Eulària o des Rei, ses Salines* y *Balansat*. En la isla de Formentera parece que se siguió el mismo modelo y el territorio habría quedado dividido en otras cuatro partes que dieron lugar al *quartó de Portosalé, quartó de la Mola, quartó des Carnatge* y *quartó des Cap*.

Sobre esta nueva organización del territorio insular se instalaron los colonos catalanes que, sin embargo, no introdujeron cambios sustanciales en el patrón de asentamiento de la población que les había precedido.

Siguiendo la pauta dibujada por la colonización púnica siglos antes y mantenida por los pueblos que se sucedieron en la ocupación de las islas, la repoblación catalana se ajustó al modelo de dispersión extensiva de la población. Ibiza y Formentera continuarán compartiendo un único núcleo urbano, la villa de Ibiza, mientras que la mayoría de la población se diseminó por la geografía insular en asentamientos rurales.

A pesar de la desgastante inseguridad en que vivirán las islas desde el momento mismo de la conquista hasta bien entrado el s. XVIII, y de los esfuerzos que los ilustrados pitiusos realizaron durante la segunda mitad del mismo siglo por acabar con la dispersión de la población, la sociedad pitiusa mostró siempre una fuerte oposición a la concentración, oposición que tan solo mostró algún indicio de cambio a finales del s. XIX y que, todavía, a principios del s. XXI, resulta identificable en gran parte de la geografía insular.



Foto Puget. Principios siglo XX. Archivo de Imagen y sonido. En la era.

Entre las diferentes razones que pueden justificar esta secular oposición de la población rural a la concentración, pueden encontrarse factores de carácter histórico, defensivo o simplemente de evasión del control de la ciudad y de la presión fiscal.

Por otro lado, cabe considerar que éste resulta un modelo de poblamiento que ofrece la posibilidad de reunir todas las fuerzas productivas en un mismo lugar, factor importante para un mundo rural en el que la mayoría de la población vive del trabajo directo de la tierra, con la familia como base de la explotación.

La inseguridad que durante siglos condicionó la vida de los habitantes de las islas y el aislamiento en que vivía la familia, derivado tanto de la condición insular del territorio como de la propia dispersión de la población rural, así como la falta de incentivos para obtener excedentes, condujeron a la economía local hacia un fuerte estancamiento y obligaron al campesino a especializarse en su propia supervivencia.



Foto Puget. Principios siglo XX. Archivo de Imagen y sonido. Mujeres con el carro.

Desde la conquista, y durante siglos, el objetivo del campesino será garantizar la supervivencia de la familia, entendiendo por ello no tan solo la defensa del núcleo familiar ante las amenazas exteriores, sino, también, la provisión de aquello necesario para sobrevivir.

Así, a pesar de que el mundo rural pitiuso desarrolló todo un entramado de relaciones económicas y sociales en algunas de las cuales dio muestras de una extraordinaria capacidad de comunicación interna y organización (piénsese en el sistema de defensa pasiva organizada por las milicias locales formadas por los propios campesinos y que constituyeron durante siglos la única defensa real de la población rural, la inquebrantable dispersión de la población situaba a la familia en un aislamiento interno que la condicionaba a valerse por sí misma, condición reforzada con el tiempo por el fuerte estancamiento que caracterizó la economía insular y que determinó una producción básicamente de subsistencia y frecuentemente insuficiente.

Se configura así un paisaje agrario caracterizado por la ausencia de las grandes extensiones dedicadas al monocultivo. El modelo agrario del mundo rural pitiuso dibujó un paisaje definido por el policultivo que, al tiempo que garantizaba la diversificación de los recursos alimentarios de la familia, permitía la utilización de una mayor superficie en asociación de cultivos anuales y cultivos perennes y de éstos dos con la ganadería.

Dentro de este policultivo, el secano se consolidará como la principal ocupación del campesino. Se adopta la llamada *trilogía mediterránea* basada en la producción de cereal, vid y olivo, preferida por las sociedades feudales por su mayor capacidad de almacenamiento del producto, requisito indispensable del modo de producción de las sociedades tributarias.

A pesar de los diferentes ingenios y sistemas de regadío que heredaron de los árabes, los colonos catalanes, integrados en un sistema feudal, dieron un papel predominante al cultivo de secano, relegando los pro-

ductos de huerta que se pierden rápidamente y son más difíciles de almacenar y conservar y, por tanto, menos indicados para el pago de diezmos a los señores.

En los siglos posteriores, el secano ocupará la mayoría de las tierras de cultivo en las que el modelo más extendido será el de la asociación de árboles (olivo, algarrobo, higuera, almendro...) y de herbáceos (trigo, cebada, maíz, centeno...), quedando el regadío reducido a una serie de pequeños sectores de Ibiza y a las necesidades de cada casa que, habitualmente, contaban con un pequeño huerto, regado con agua de cisterna o de aljibe, para el abastecimiento doméstico.

Las bases de la producción se asentaban sobre el trabajo humano y se apoyaban en una organización del trabajo de carácter familiar y patriarcal en la que la familia constituía al mismo tiempo el centro de producción y la unidad inmediata de consumo. En este modelo económico cubrir las necesidades de la casa determinaba los procesos de trabajo de la familia y obligaba a la diversificación de las ocupaciones.

La organización y distribución social y familiar de los trabajos cotidianos solían realizarse siguiendo un mismo patrón. Todos los miembros del núcleo familiar debían colaborar en el mantenimiento y aprovisionamiento de la casa, distribuyéndose las funciones de acuerdo con las posibilidades de cada uno de los miembros y atendiendo a su edad

y sexo. Habitualmente el cabeza de familia, ayudado por los hijos varones especialmente por el *hereu* (heredero), se ocupaban de la explotación de la finca, mientras que las mujeres centraban sus labores en la cocina, los corrales, el huerto, la transformación de los productos, y la crianza y educación de los hijos. No obstante eran muchas las tareas y los procesos desarrollados conjuntamente por hombres y mujeres (matanzas, recolección, cosecha, elaboración del aceite...), si bien en estos casos la repartición de las funciones solían estar pautadas por el mismo esquema.

La actividad principal de la familia será siempre el trabajo de la tierra y el objetivo básico de este trabajo el autoabastecimiento de la casa y la supervivencia del núcleo familiar. Sin embargo, aunque el destino inmediato de la producción fuese proveer la supervivencia de la familia, siempre resultaba conveniente contar con



Foto Raymar. Preparando la matanza del cerdo.



IBIZA (Balears) - 35

Vista de la Ciudad

FOT. VIÑETS

Postal antigua Viñets. Los campesinos repartían sus esfuerzos entre la agricultura, el pastoreo y otras.

un excedente, por pequeño que fuese. Por una parte el excedente permitía cubrir los fondos de la casa (autoabastecimiento, ceremonial y de reemplazo); por otro lado permitía obtener, a través del intercambio o de la escasa circulación monetaria existente, aquello que no podía producir la familia por sí misma; en último lugar, cabe recordar que no todos los campesinos eran propietarios y que los mayoresales o arrendatarios estaban obligados a producir un excedente que entregar a los amos.

Del mismo modo que el excedente permitiría a la familia garantizar su supervivencia ofreciéndole una vía de adquisición de productos en cuya producción resultaba precaria, la ejecución de actividades secundarias resultaba un importante refuerzo para la economía doméstica, una manera no sólo de proveer a la casa de productos elaborados, sino también, de poder contar con productos, instalaciones y procesos que ampliases los recursos de la familia.

La división del trabajo a nivel familiar permitía el desarrollo de una industria doméstica, basada en el conocimiento y aprovechamiento de los recursos del entorno que cubría prácticamente todas las necesidades de la familia.

La arquitectura tradicional supo encontrar en el medio que la rodeaba las materias primas necesarias para la construcción de las estructuras vinculadas a la vida rural (casa, aljibes, corrales, norias, torres...) y en la capacidad de transmisión oral de los campesinos, los conocimientos necesarios para convertir al agricultor en arquitecto y constructor de sus propias estructuras.

Como en la construcción de las estructuras agrarias necesarias, el campesino dedicaba parte de su tiempo libre a la manufactura de las herramientas para el trabajo y a la reparación de aquellas que se había visto obligado a comprar.

Del mismo modo, hasta finales del s. XIX en que comenzaron a lle-

gar a las islas tejidos de importación, las mujeres de la casa tejían lana, algodón, lino o cáñamo, para después confeccionar la ropa de la familia. De la pita y el esparto se obtenía la materia prima para la elaboración doméstica de alpargatas, así como para la manufactura de hilo, cuerdas, cestos, esteras para carros... La caña, habitual en los torrentes pitiusos, estará presente tanto en la construcción (paredes, chimeneas, techos...) como en múltiples objetos de la vida cotidiana (escobas, filosas, flautas, colgadores...). Probablemente en la confección de objetos con fibras vegetales es donde encontramos uno de los mejores ejemplos del exhaustivo aprovechamiento de los recursos en el mundo rural donde era frecuente utilizar la caña del centeno o del trigo en la manufactura de recipientes empleados para la conservación de diversos productos de alimentación (higos secos, legumbres, grano...).

La mayoría de los recipientes manufacturados por la artesanía doméstica se empleaban en los procesos de transformación, preparación y conservación de los productos agrícolas, procesos que probablemente constituían el aspecto más significativo de la industria doméstica. Cada casa elaboraba su pan, el vino que consumían y, si tenían almazara, el aceite. Según la época del año se secaban higos y albaricoques o se hacían confituras, conservas, quesos... Algunas de estas actividades, como las matanzas o el vino, implicaban la reunión de la familia y los vecinos, constituyendo un vehículo de relación social.

Este autoabastecimiento de la casa encontró en los bosques pitiusos una fuente casi inagotable de recursos. La experiencia, perpetuada a través de la tradición, permitía a los campesinos reconocer las cualidades de cada una de las especies que poblaban los bosques y seleccionar aquellas más indicadas para cada necesidad. Del bosque se obtenía el combustible necesario para la casa y el desarrollo de las actividades secundarias, así como la materia prima para la construcción y la manufactura de la mayoría de los objetos presentes en la vida cotidiana del mundo rural (muebles, herramientas, carros, techos...). Por otro lado el bosque constituía una importante reserva de pasto para el ganado, mientras que la recolección de determinadas especies y la caza proporcionaban un complemento importante a la familia que, en la variedad de especies, encontraba remedios para las enfermedades más comunes y hierbas aromáticas para el recetario popular.

Esos mismos bosques constituían el escenario en el que se transformaban las materias primas como la madera y la piedra viva para la obtención de carbón, alquitrán y cal, que no solo se destinaban al autoconsumo de la familia sino que también suponían, en muchas ocasiones, una fuente de ingresos complementaria.

Si bien en el mundo rural podían encontrarse campesinos que com-

plementaban la economía familiar con el trabajo en alguna especialización (carpinteros, picapedreros, piedra seca...), siempre eran una minoría y no se dedicaban a esta actividad de manera exclusiva. La actividad fundamental del campesino será siempre el trabajo de la tierra, alrededor de la cual se articulaban otras actividades secundarias, la mayoría de las cuales no requerían de mano de obra especializada, que permitían tanto abastecer la casa como complementar la economía familiar y garantizar la supervivencia de la familia.

Estas actividades tenían un carácter estacional y se desarrollaban de manera complementaria al ciclo agrario, aprovechando los espacios de tiempo, relativamente libre, que dejaba a lo largo del año el calendario agrícola.

Los bosques y las salinas de las islas constituían un importante complemento de la economía familiar. Durante siglos la extracción de la sal y la explotación de los bosques constituyeron una importante fuente de ingresos para las islas ya que permitía obtener valiosos productos de exportación (sal, madera, carbón, alquitrán...) fundamentales para la economía insular, al tiempo que un relevante complemento para la economía doméstica de la población rural.

La extracción de la sal a final del verano, cuando habían finalizado las labores de siega del cereal, o la tala de bosques y la producción de carbón, alquitrán o cal en el otoño, después de las primeras labores de preparación de los campos y de la siembra, ocupaban a muchos campesinos que, sin tener que dejar de trabajar la tierra, conseguían un importante ingreso complementario mediante la comercialización de los excedentes de estos productos. No debemos olvidar que si bien uno de los aspectos identificativos de la sociedad tradicional pitiusa era la escasa circulación monetaria en el mundo rural donde la mayoría de las transacciones se realizaban por simple intercambio directo, siempre quedaban bienes que no podían

adquirirse en el ámbito rural y que debían comprarse en la ciudad, así como situaciones (bodas, bautizos, funerales, enfermedades...) que requerían de una cierta reserva de moneda para su resolución.

No obstante, y a pesar de la importancia que las actividades anteriores pudieron tener para la economía insular y familiar, resultaban frecuentemente esporádicas y no ocupaban una importante parcela del tiempo que dejaba libre el trabajo de la tierra. Sin lugar a dudas la mayor parte del tiempo libre se invertía en aquellas actividades que tenían por finalidad abastecer a la casa.

A pesar de los intentos de los ilustrados pitiusos por racionalizar y modernizar la agricultura local y del crecimiento demográfico que experimentaron las islas a lo largo del s. XVIII, la economía insular se mantendrá dentro de un fuerte estancamiento apenas afectado por las reformas burguesas, que continuará concentrando el esfuerzo del campesinado en su propia supervivencia.

No será hasta finales del s. XIX cuando las islas comiencen a salir de su estancamiento. La apertura del ciclo económico insular, estimulado por la aparición de una oferta y una demanda externa, dará un nuevo impulso a la economía insular que comenzará a perder su carácter autárquico.

Bajo el signo del progreso, el individualismo y la mentalidad capitalista, y amparada por la pacificación del Mediterráneo, la economía insular vive un nuevo impulso que se gira hacia el puerto y abre a la población de las Pitiusas hacia el exterior, en un período de seguridad marítima y de aplicaciones industriales de la navegación que, apoya la ampliación del círculo económico insular estimulado por la aparición de una oferta y una demanda.

Ibiza comienza a importar buena parte de las materias necesarias (azúcar, trigo, arroz...), sustituyendo parte de la producción propia, liberando así parte de los recursos que ahora podrán enfrentarse a demandas provenientes del exterior.

Poco a poco la economía insular comenzará a introducir cambios, modernizando los procesos de trabajo y abriéndose al exterior. En veinte años se multiplica por cuatro el volumen del comercio insular y comienza a perfilarse un nuevo modelo económico, Ibiza y Formentera comienzan a abandonar su tendencia al autoabastecimiento, pero sin llegar a perder su diversidad de producción.

Las islas comienzan a abrirse a los mercados exteriores que se convierten en fundamentales para dar salida a los productos excedentarios como la almendra, la algarroba, los huevos, la sal..., y se hacen dependientes del comercio exterior para el abastecimiento de productos básicos como la harina de trigo o las materias primas para la industria manufacturera local.

Pero, no obstante estos cambios, las islas no se harán en ningún momento dependientes de un solo producto. Para el mundo rural pitiuso la posibilidad de introducir cambios en los patrones de producción y de exportar productos agropecuarios no supondrá en ningún momento la especialización en productos determinados ni un cambio en la tendencia del tradicional policultivo

hacia el monocultivo, con los riesgos que la dependencia del monocultivo comportan.

Aunque desde finales del s. XIX la supervivencia de la familia ya no suponga una carga específica en la vida diaria de la población insular, el modelo de policultivo y las actividades asociadas al autoabastecimiento de la casa se mantendrá presentes en el mundo rural pitiuso hasta las grandes transformaciones socioeconómicas que supusieron la irrupción del turismo de masas en el archipiélago balear a mediados del s. XX.

El progresivo e imparable proceso del turismo de masas obligó a la población insular a aceptar un cambio de comportamiento de la economía local y a la adaptación de un nuevo modelo de vida.

La reactivación y transformación de la agricultura tradicional insular tuvo que enfrentarse a la demanda de mano de obra de un sector terciario que generaba más riqueza que cualquier reforma agraria.

En apenas dos décadas la agricultura pitiusa que, incluso con los cambios operados en el último siglo continuaba manteniéndose dentro de los esquemas de una agricultura tradicional, tuvo que adaptarse a una

nueva configuración socioeconómica en la que el mundo rural ya no constituía la base para la supervivencia de la población.

## BIBLIOGRAFIA

- FERRER ABÁRZUZA, A. «El blat a l'Eivissa de la baixa edat mitjana. A partir de les ordinacions del *Llibre de Mostassaf*». Revista *Eivissa*, núm. 25, 1994, pág. 28-32.
- FERRER FERRER, J. «Anem a per oli». *El Pitiús*, 1995, pág. 114-119. Eivissa, 1995.
- GARIJO FALCÓ, B. *La trilogia mediterrània*. Catàleg exposició Museu d'Etnografia d'Eivissa. Eivissa, 2001.
- MARÍ SERRA, V. *Entre el camp i la mar. Viure a les Pitiüses*. Col·lecció Nit de Sant Joan, núm. 17. Institut d'Estudis Eivissencs. Eivissa, 1996.
- PRATS, E; RAMÓN, F; VALLÉS, R. *Les activitats agràries*. Institut d'Estudis Eivissencs. Eivissa, 1984.
- VALLÉS COSTA, R. *El món agrari tradicional. Un intent de comprensió de l'Eivissa rural*. Ed. Mediterrànea, Eivissa, 1995.